

de aquella caverna... ¡Qué horror! ¡Como no tengo quien me defienda, clavará sus garras en mis carnes. Y yo te seguí, Nala, y tú me abandonaste. La tempestad, también la tempestad avanza contra mí. Las aves huyen á sus nidos, las fieras á sus cavernas; la naturaleza calla, como si recogiera su aliento para escuchar mejor la voz del espíritu universal; el trueno retumba y saca de las selvas sonidos aterradores y sublimes, que son los ayes y lamentos de todas las cosas; los lagos se hinchan, se levantan, se coronan de hirvientes y rabiosas espumas, cual si intentaran escalar los cielos; las nubes se espesan y bajan sombrías á la tierra, como una bandada de cuervos sobre infecto cadáver; los vientos con sus ráfagas alzan los riscos, abren los senos profundos de los bosques, mostrando nuevos desiertos; el rayo enciende los árboles, y el relámpago los cielos; y por dó quier en aires y aguas se refleja el fuego que convierte al mundo en una inmensa pira funeraria; y el estrépito del trueno, y el graznido de las aves carniceras, y el rumor de los bosques, y el rebramar de las aguas, y el resoplido del incendio, y el choque de las olas en los lagos, forman el eco de un feroz combate entre la tierra y los dioses, lucha horrible en que yo, sólo yo seré

inocente víctima. ¿Dónde ir? ¿Dónde guarecerme? ¡Ay! Me entrego á mi destino. Correré por los bosques huyendo de mi propia sombra, hasta que exánime caiga en brazos de la muerte. Ven, muerte, ven, por la víctima que te señala el cielo. (*Corre sin direccion por los bosques*).

ORIEL (*desde una altura*).

Anda la hermosa mujer abandonada y errante como una paloma extraviada entre las negras nubes de la tempestad. A la luz del relámpago su cuerpo brilla más, como la nieve de las altas montañas brilla entre los reflejos del volcan. Su voz llena los bosques, y compite con el estampido del trueno, como el cántico melancólico y plañidero de la corneja, ó el grito audaz de la gaviota sobre el estruendo de las ondas. Entre los tímpanos de hielo, y las lavas de los volcanes, y los pinos salvajes, y los cedros cubiertos de yedra, y los torrentes espumosos, y las selvas encendidas por el rayo, anda como si fuera el blanco espíritu de la naturaleza. Se detiene un instante, y llora, sin duda porque ha visto en un árbol dos tórtolas que se arrullan y se protegen mutuamente contra la tempestad con sus trémulas alas. De allí no puede pasar, porque hay un abismo. Desnuda, sin

más adorno que su negra cabellera caída en desorden sobre la espalda, hundidos los piés en la yerba y alzadas las manos al cielo, inclinándose sobre los abismos, iluminada por el relámpago, coronada por las flores que los árboles al pasar han dejado caer sobre su frente, su hermosura, sin velos que la oculten, brilla con todo el candor y toda la inocencia de la naturaleza. Pero de pronto, entre los juncos y las espadañas que crecen á la orilla de los torrentes, sale amenazadora, luciendo sus escamas de mil colores, levantando su venenoso áspid más ligero que la flecha, una serpiente que se dirige contra la hermosa joven, abriendo sus terribles fauces. ¡Ah! No tiene salvación. De un lado el abismo, de otro el cruel reptil, que llega serpenteando hasta sus piés, y que la ha fascinado con sus ojos de esmeralda. Ya extiende su cuello, ya toca con su cola venenosa las puras carnes de la hermosa mujer, que ni siquiera respira, petrificada de espanto. Vuelo á su auxilio. Monto mi arco. Si mi flecha no alcanza, seré su víctima. No importa. ¡Ah! He herido al terrible animal, que cae por los abismos como la hoja de un cedro arrancada por el huracan. La he salvado.

DAMAYANTIA.

¡Ah! ¡Ah! (*Cae desmayada.*)

ORIEL.

Mi corazón te sigue, y mi brazo te salva. No siento, pero respira. Al tocar con mis encallecidas manos este delicado cuerpo, siento derramarse por mis venas el fuego de una nueva vida. Su aliento, más perfumado que el aliento de las madre-selvas, me produce un vértigo. Hermosa criatura, tú que pareces una ilusión formada por los rayos de los astros al cruzarse en los espacios; tú que eres tan pura como la luna que vaga por los espacios; tú que guardas el aroma de todas las flores; tú tan delicada y tan aérea como el vapor que se levanta del lago, sonrosado por la luz indecisa de la mañana; tú no abandonarás á este infeliz que te ha salvado, y que necesita un corazón donde verter las lágrimas que le arrancan sus acerbos dolores. ¡No se despierta de este sueño! Refrescaré su rostro con esta agua cogida por mi mano del torrente.

DAMAYANTIA.

¡Ah! ¡próxima á morir..... y sin él á mi lado!
Pero ¿quién me salvó?

ORIEL.

Yo, yo te salvé; yo, que espero de tí lo que no he encontrado en la tierra, compasion.

DAMAYANTIA (*mirando á Oriel*).

¿Quién eres ¡oh! mi salvador?

ORIEL.

Soy un desgraciado que ando, como tú, errante.

DAMAYANTIA.

¿Quién eres? ¡Ah! ¿Eres hijo de algun dios, que te ha mandado desde una estrella en mi auxilio? ¿Eres acaso uno de los habitantes del monte Merú, que se ha deslizado en espíritu entre las espumas de esta catarata? Con ese arco en las manos, ese carcax á las espaldas, esa piel de tigre por la cintura, esa corona de flores en la frente, me pareces el dios Crichna que se ha compadecido de mi tormento. Si eres algun inmortal, dime, si, dime dónde está mi esposo, y guíame á la gruta que le habrá guarecido contra esta horrible tempestad.

ORIEL.

No soy sino un hijo de estas selvas. Mi vivienda son las cavernas; mis compañeros los tigres y leones; mis delicias el rumor de las cataratas mezclado al cántico de las aves; mi ocupacion la lucha con las serpientes; mis grandes espectáculos la tempestad; mi único afan subir al monte más alto de la tierra, entre las nieves eternas, para ver si descubro allá en los pliegues del cielo un dios que me ampare bajo su manto y me defienda de los hombres. Pero ahora, en este instante, no tengo más vivienda que este árbol bajo el cual te he estrechado contra mi corazon; ni más compañero que tú; ni más delicia que el eco de tu voz; ni más ocupacion que servirte; ni más espectáculo que ver cómo brillan tus ojos, cómo palpita tu pecho, cómo se desliza tu blanca figura entre las selvas; ni más deseo que oír de tus lábios dónde, dónde está el dios que acaba de encender esta nueva vida en mi corazon, suspendido amoroso de tí como la fruta del árbol, como la estrella del cielo. Sígueme, y tendremos por lecho las flores, por palacio los bosques, por concierto el gorgéo de todas las aves y el rugido de todas las fieras y el rumor de todos los torrentes, por tú-

nicas nupciales las palmas que el huracan arranca con sus alas, por altares las altas montañas donde hierve el volcan y se forjan los rayos; y tú á la luz del relámpago, entre el estruendo de la tempestad y los estremecimientos de la tierra agitada, me mostrarás tus dioses, para que yo los adore, colgando de sus aras, que serán los riscos, las serpientes de que haya purgado con mi brazo á la tierra.

DAMAYANTIA.

Pues ¿tú no tienes dioses?

ORIEL.

He perdido la memoria de todo. Allá en los abismos de mi alma cruzan algunas reminiscencias que no puedo nunca reunir, y que me hablan de otra vida, que no alcanzo, de otro sér que no conozco. Le he preguntado á la estrella que centelleaba en el cielo quién la ha dorado; y ha seguido, sin responderme, su camino, derramando luz. Me he acercado al torrente, y al verlo descender de las alturas cubierto de espuma, le he dicho: ¿qué mano te lanzó á los abismos? y ha seguido moviéndose por su cáuce, y reflejando al cielo. He oído en la hermosa tarde, al caer

el sol, gorgear á las aves, y de rodillas y con los ojos llenos de lágrimas les he preguntado qué nombre divino formaban con sus deliciosísimas armonías; y han continuado, sin escucharme, su cántico. He visto el astro del día surgir entre las ondas, resplandeciente, coronado de fuego, lanzando rayos de vida, envolviendo en una alegría infinita á todos los séres; y al verlo subir majestuoso por los espacios, arrastrando en pos de sí las esencias de todas las cosas, beber en la copa de los mares los vapores de todas las aguas, cubrir con su manto de luz todos los astros, le he rogado que me dijera quién le impulsaba en su carrera, quién le sostenía en el zenit, qué mano le bajaba hasta los abismos, qué voz le despertaba todos los días; y no me ha oído, embebecido sin duda en escuchar la música con que el Universo entero le saluda en su triunfal carrera. Y héme aquí sumergido en la vida, como la esponja en el mar, como la piedra en el arroyo, como la negra lava en el volcan, como el insecto en el polvo, sin saber ni de dónde vengo, ni á dónde voy, ni qué será de mí mañana, ni qué fué de mí ayer, odiado de los hombres, maldecido del cielo.

DAMAYANTIA.

¡Tú tan bueno, tú que pareces un dios! ¡Oh! ¿Qué hubiera sido de mí si no te hubiera encontrado? Ahora ya no tendría esperanza de tornar á ver á mi esposo, sepultada en el vientre del inmundado reptil. Los hombres que te han maldecido no conocen la justicia. Tú eres aquí en este bosque más hermoso que un rey en su palacio. La naturaleza entera se doblega bajo tus plantas, como la erguida rosa cuando se para un gilguero sobre su corola.

ORIEL.

Pero ya bendigo mi desgracia. Lo que no me han dicho las estrellas me lo dirán tus ojos; lo que ha ocultado la catarata podré sentirlo en la palpitation de tu pecho; lo que no me han revelado los gorgoros de las aves, me lo revelará tu dulce voz; lo que no he visto en el disco del sol, lo veré en el cielo de tu frente. Porque ¿no es verdad que tú no puedes separarte nunca, nunca de mí?

DAMAYANTIA.

Valeroso jóven, yo nunca podré olvidarte. Que

me devore este abismo á cuyo borde me has salvado, si soy contigo ingrata. Pero yo pertenezco á otro hombre. Allá, en apartadas tierras, tengo un padre en un trono. Yo iré de rodillas, si es preciso, á pedirle que premie tus virtudes y el beneficio que has hecho á su desgraciada hija. Pero no puedo ofrecerte que no me separaré de tí, porque ando por los bosques, por los valles y por los montes, en pós de mi esposo, del hombre que ha elegido mi corazon, y á quien no debo abandonar, aunque él me haya abandonado, porque entonces, ¿qué derecho tendría yo á quejarme? ¿No me contestas? Pensativo y silencioso, ¿nada me dices?

NALA (*á lo léjos, sin ser visto de Damayantia*).

Venid, venid, mis guerreros. Volemos á encontrar á mi esposa. Ya que mi padre me rescató de la miseria, quiero volverla á su palacio. En un instante de horrible desesperacion la abandoné á su triste suerte, porque no tenia corazon bastante para verla morir. Pero he derramado tantas lágrimas como gotas de agua derrama el arbusto despues de la tempestad, cuando el ala del céfiro roza en sus húmedas hojas. Ya iba á espirar de dolor y de miseria, cuando os encontré ¡oh mis

huestes! que me buscabais, trayéndome la corona que se cayó de mis sienes sobre el tablero del juego. Volemos á encontrarla y á decirle que el génio de la felicidad abrirá sus sonrosadas alas cerniéndose sobre el lecho de nuestros amores. Si, Damayantia, Damayantia debe hallarse por estos bosques. ¡Oh! No me castigues, dioses, con una nueva desgracia.

DAMAYANTIA (*á Oriel*).

¿Qué piensas? Por tu frente pasa una nube que oscurece tus ojos, como la niebla que se levanta del lago oscurece la luz del sol.

ORIEL.

Cuando la blanca luna huella los azules cielos; cuando el sol se levanta sobre los coros de los mundos, que se ocultan en su luz como la piedra caída en el mar; cuando las aves cantan, y las cataratas braman, y los insectos zumban, y los bosques murmuran, y los volcanes hierven, y aullan las fieras, yo no puedo unir mi voz al concierto de la naturaleza, porque no sé dónde está el sér que todas las criaturas adoran. ¿No calmarás con tu palabra esta sed anhelante de mi alma?

DAMAYANTIA.

Veo tu dolor, y conozco cuánto padecerás. Mas no es bien que una débil mujer te revele secretos guardados en la profundidad de la conciencia de los hombres más santos que habitan en la India. Si quieres saber misterios de los cielos, nombre de dioses, ceremonias sagradas, corre á las montañas, que embriagan con sus perfumes suaves, á la confluencia de los rios, donde las olas se entrecorren levantando blancas nubes, produciendo sublimes rumores; y allí encontrarás, al pié de los copudos y umbrosos árboles, entre las zarzas, la yedra y las enredaderas, los piadosos ermitaños, de rodillas, con el azadon á un lado y la cesta de mimbres á otro, vestidos de hábitos de corteza, ceñidos con ásperas sogas, absortos en profunda meditacion, macerados, pensando siempre en Dios, profiriendo religiosos conjuros; y tu corazón se quedará allí confundido, y tu pensamiento absorto, contemplando el Dios revelado por las palabras de aquellos seres, cuya virtud es tal que hasta las aves se suspenden sobre su cabeza, y las ligeras gacelas se tienden á sus plantas, atraídas por sus piadosas plegarias, que envuelven en la luz esplendorosa del espíritu á toda la natura-

leza. Ve, preguntales por los dioses, y ellos esclarecerán tu entendimiento.

ORIEL.

¡Vano empeño! He ido á la puerta de sus chozas, al pié de sus altares, y me han rechazado con profunda indignacion, y no han querido revelarme sus secretos, ni iluminar mi alma. En vano he querido regar con lágrimas sus piés; en vano he estado inmóvil y de rodillas pidiéndoles misericordia; en vano he intentado ver sus ídolos: implacables y crueles me han dejado en mi tormento, y se han reido de mis dolores, mostrándose más fieros que las alimañas de estas selvas.

DAMAYANTIA (*anhelante*).

Algun crimen has cometido ¡infeliz! cuando así te tratan los varones más virtuosos de la India.

ORIEL.

¡Ah! Sí. Tienes razon. Yo debo ser muy desgraciado. He cometido el crimen de haber nacido pária.

DAMAYANTIA (*retrocediendo horrorizada*).

¡Un pária! Dioses, ¿qué he oido? Veo el infer-

no abrirse á mis plantas, y al dios Yama extender sus alas de murciélago sobre mi cabeza. ¿Dónde me purificaré? Huiré, huiré. Antes el abismo que tu presencia; antes el vientre de la serpiente que tus brazos.

ORIEL.

Escúchame, mujer. (*Acercándose á Damayantia*).

DAMAYANTIA.

Recibid ¡oh dioses! el sacrificio de mi vida, para que, cuando vuelva á renacer de mis cenizas, no encerreis mi espíritu en el cuerpo de un cerdo. (*Se precipita por el abismo, y muere*).

ORIEL (*corriendo fuera de si por las selvas*).

Yo llevo por todas partes el mal. Yo soy la muerte. Mi sombra es venenosa como la de esos árboles malditos de los cuales huye el viajero. Como los más horribles reptiles, mato con la vista. ¡Ah! No basta mi dolor, no basta mi tormento; es necesario que todos los que me vean participen de mi horrible pena. ¿Por qué todo cambia, y yo solo vivo? ¿Por qué no me dispararé como la nube? ¿Por qué no me he de esconder

en las entrañas de la tierra, como el rayo? ¿Por qué no me he de secar como la flor? ¿Por qué no he de caer á los abismos como la catarata? ¿Por qué el tiempo que pasa apagando astros y volcanes, no ha de tener un soplo para este incendio devorador de mi vida? ¡Ah! ¡Maldicion, maldicion sobre mí! Yo debo haber cometido un crimen muy grande, cuando así me castiga la naturaleza entera, cuando así me aborrecen los hombres.

NALA (al borde del abismo con sus guerreros).

Ya lo habeis visto. Los dioses hasta el fin han sido conmigo implacables. En el momento de llegar, hemos visto caer á mi esposa en los abismos, como una blanca paloma herida por la flecha de un cazador. Yo la abandoné, y yo soy su asesino. La sangre de esta hermosa mujer, esa roja sangre que veis correr por los riscos y teñir los arroyos, ha caido por mi frente. Yo no puedo ofrecer más holocausto que mi vida. El fondo de ese abismo será nuestro palacio, la muerte nuestro tálamo nupcial. (Los soldados quieren detenerlo, pero Nala se precipita y va á morir al lado del cadáver de Damayantia).

ORIEL (desde los altos picos del Himalaya).

Desde aquí oigo los dulces gorgoros de las aves confundidos con el grito audaz del águila altanera, y veo los cedros ceñidos de una guirnalda de yedra y zarza-rosa florida, los bosques por mil insectos de varias y matizadas alas esmaltados, los árboles del pan que se doblegan bajo el peso de sus dorados frutos, las abejas zumbando en numerosos enjambres y cubriendo los riscos de pura miel cuyo brillo semeja á oro derretido, el pavo real ostentando en su abierta cola todos los colores, los papagayos que pintan sus plumas en el zumo desprendido de las resinosas cortezas, el cisne que atraviesa como una espuma el arroyo, el tardo elefante hendiendo con su dura planta las piedras, las negras gacelas que corren presurosas entre la yerba; y al pié de cada árbol veo un lecho de flores, y á la entrada de cada gruta un lago, y entre las sombras de cada abismo los plateados vapores de un torrente, y sobre las sienas de cada montaña una diadema de nieve; y entre tanta vida y tantos y tan diversos seres, solo mi alma está solitaria y abandonada y triste, mi alma, que es una negra sombra, una maldicion, una mancha caída sobre la tierra.